

Homenaje a Mutis

El 22 de septiembre de 2013 el poeta y novelista Álvaro Mutis murió a la edad de 90 años en Ciudad de México. Desde entonces se multiplican las muestras de reconocimiento, homenaje y duelo. Sus íntimos y amigos remarcan su buen humor, el gusto por la amistad y la parranda, su legendaria erudición. Los expertos y los críticos no se ponen de acuerdo sobre sus obras, intentando dilucidar si fue mejor poeta que novelista, si quedarán los poemas de, entre otros, *Los trabajos perdidos* y *Elementos del desastre* o las novelas de la saga de Maqroll *El Gaviero*. Tal vez ambos.

En estas páginas queremos sumarnos a ese homenaje en calidad de meros lectores de Mutis, o mejor dicho, proponiendo la lectura del párrafo inicial de una de sus novelas, *Amirbar*. Creemos que él, tan buen y largo lector como atestiguó en *De lecturas y algo de mundo*, gustaría de esta idea. Pocos géneros son tan difíciles como escribir un comienzo remarcable, hasta el punto de ser considerado un demarcador de auténtica calidad literaria. Casi todos los clásicos poseen ese distintivo, un comienzo que se hace memoria al instante, sobran ejemplos desde *En un lugar de la Mancha* hasta *Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento*. Como cualquier arcano sujeto al capricho del talento, nadie sabe muy bien qué es un buen comienzo, cómo construirlo o por qué unos funcionan y otros no. Norma habitual en los prodigios, que se los reconoce con facilidad pero casi nadie es capaz de producirlos.

Los manuales de escritura, los críticos literarios y por supuesto los novelistas, ofrecen multitud de ideas al respecto. El inicio debe marcar el tono, ofrecer la primera gota de estilo, presentar personajes, tramas, ambientes... algo que enganche al lector, crear el efecto principal que busca la obra o, incluso, no hacer nada en absoluto, para saltos mortales sin red y redobles de tambor ya está el circo y la literatura actual ya no es que no persiga *el comienzo*, es que no tiene final ni le importa, es el juego de un juego. En mi gusto personal, admiro los comienzos que no necesitan del resto del libro, la frase o el párrafo que si son desgajadas resisten en soledad pues son una obra en sí. Este tipo de comienzos, y creo que el de *Amibar* es un ejemplo, son ejecutados al modo de fractales: en una pequeña parte se puede contemplar el todo. Su densidad no tiene tanto que ver con el tamaño sino con la escala y enfoque desde el que son observados.

La paradoja de este tipo de inicios es que siempre esconden algo más, dicen cosas que no son obvias, remiten tanto a la imagen superior – la novela en su totalidad – que es su mera copia y ampliación, como también a la imagen del fractal inferior, esa frase o palabra que contiene el código no sólo del primer párrafo sino de la obra entera. Tal vez esto no sea tan especial, pues a fin de cuentas ya se sabe que cada texto propone diversos planos de lectura y oculta no pocos mensajes. Lo más interesante de este tipo de inicios es que son también un final, o mejor dicho, para ser una imagen completa y coherente el párrafo de inicio propone un fin. Malabarismo de la literatura que cuando saluda en realidad se despide. Cuentan los que conocieron a Mutis que era un hombre de fina ironía, qué pensaría el maestro si supiera que para rendirle homenaje, a causa del final definitivo, nosotros escogemos uno de sus comienzos.

Los días más insólitos de mi vida los pasé en Amirbar. En Amirbar dejé jirones del alma y buena parte de la energía que encendió mi juventud. De allí descendí tal vez más sereno, no sé, pero cansado ya para siempre. Lo que vino después ha sido un sobrevivir en la terca aventura de cada día. Poca cosa. Ni siquiera el océano ha logrado restituirme esa vocación de soñar despierto que agoté en Amirbar a cambio de nada¹.

Felipe Gracia

¹ MUTIS, Álvaro. Amirbar. Bogotá, Editorial Norma, 2003.